

# LA VOZ DE LA CARIDAD.



N.º 147.—15 de Abril de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan  
Epíst. I, 4, 8.)*

## EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Gracias á:  
La Sra. de Minuesa, por hilas.

## EN NOMBRE DE LOS POBRES, Á....

Doña G. P.—Los diez bonos de á 4 rs., que V. nos remitió, fueron distribuidos inmediatamente y muy agradecida por los pobres su caridad, y por nosotros la confianza que le inspiramos.

*Un caballero.*—Los 110 rs. de V., le han atraído las bendiciones de varios ancianos y niños, que con nosotros le dan gracias por su limosna.

Doña F. A. de Ll.—Con mucha frecuencia ven los suscritores á nuestro periódico, sus iniciales de V. en este sitio, porque, en sus pesares como en sus alegrías, tiene V. siempre un recuerdo para los pobres. Los 80 rs. que nos ha dado esta vez para ellos, han servido para aliviar la desgracia de unas familias á las que ha dejado sin hogar el incendio de las casas de la plaza del Progreso. Gracias á V. y á otras personas caritativas, estos infelices han tenido la satisfacción de reponer algunos de los objetos perdidos, y el consuelo de sentirse compadecidos y no abandonados de sus semejantes.

## LAS VÍCTIMAS DEL TRABAJO.

### I.

Más de una vez ha tratado LA VOZ DE LA CARIDAD de los oficios que perjudican la salud ó ponen en peligro la vida, y aunque haya clamado en vano, no ha de dejar de clamar: lo primero, porque así cumple con lo que debe, cierren ó no los oídos los que debían escucharla; lo segundo, porque no se sabe los ecos que puede haber en el desierto, ni cuántas gotas de agua tienen que caer en una roca para perforarla.

Todos los días se leen en los periódicos noticias parecidas á la siguiente:

«Un albañil que trabajaba en la casa que construye en el paseo de Recoletos el Sr. Murga, cayó ayer del andamio en que se hallaba, ocasionándose varias contusiones, la fractura de las dos piernas, y varias heridas de gravedad.»

Estas noticias se dan sin comentarios, como si se tratara de cosas indiferentes ó irremediabiles; de que D. Fulano habia sido agraciado con una cruz, ó de una exhalacion que ha causado la muerte de un caminante.

Despues de pagar el debido tributo de compasion á esa oscura víctima, anónima como todas las de su clase; despues de considerar los horribles sufrimientos y desastrosa muerte del que tenia contusiones, heridas graves y las dos piernas rotas; despues de pedir consuelo para su madre, si le llora, amparo para sus hijos si los ha dejado; despues de desear mejor vida al que partió de ésta tan desdichadamente, derramemos una lágrima sobre esa fosa comun donde yacen, sin epitafio, los de historia ignorada y nombre desconocido, y delante de esa tumba donde están, en *monton*, los que en el mundo fueron *masa*; reflexionemos.

Más que la vida parlera  
Enseña la muerte muda.

El albañil muerto en la obra del Sr. Murga, debe representar para nosotros, no una persona, sino una clase; no un individuo, sino una colectividad numerosa, que paga todos los años enorme tributo á la muerte por accidentes y catástrofes. La mucha lástima que inspiran estas víctimas y sus familias des-

venturadas, podrá dar más unción á las voces que en su favor se alcen; pero, además del sentimiento de caridad que despierte en los que la tengan, hay una cuestión de justicia, obligatoria para todos, y es la que nos proponemos tratar hoy.

La cuestión de las víctimas del trabajo tiene dos partes:

- 1.<sup>a</sup> Evitar las desgracias que puedan evitarse.
- 2.<sup>a</sup> Indemnizar en lo posible los perjuicios causados por accidente ó catástrofe inevitable.

Fuera de España, aunque no todo lo que se debía, se ha hecho algo para remediar ó atenuar los perjuicios que á la salud causan ciertas industrias, y disminuir los peligros de aquellas en que le hay para la vida. Entre nosotros, no se ha trabajado nada con este objeto, y si se exceptúan algunas precauciones tomadas en ciertas minas, no tenemos noticia de que se hayan aprovechado los trabajos, ni la práctica y ejemplo de otros países. Santa obra harían las personas que se asociaran para dar á conocer estas prácticas, para despertar la opinión, aletargada en este punto como en otros muchos importantes, y para que gobernantes y legisladores comprendieran la justicia, y la formularan en la ley. Santa obra sería la de una *Asociación protectora de la salud y de la vida de los obreros*. La concebimos dividida en tres secciones.

Una, generalizando el conocimiento de las precauciones que debe tomar el obrero para evitar los perjuicios para la salud ó peligros para la vida, si los tiene la industria que ejerce, precauciones cuya eficacia sanciona la experiencia.

Otra, para estudiar los medios de evitar la insalubridad y peligros de ciertos trabajos, haciendo progresar esta preferentísima aplicación de las ciencias y las artes.

Y la tercera, en fin, dedicada á influir en gobiernos y legisladores, para que, según los casos, practicasen directamente ó hiciesen practicar aquellas precauciones protectoras de la salud ó la vida del obrero.

Si semejante Asociación se formara, bien venida sería, y bendita de Dios y de las personas amantes de la humanidad y de la justicia.

Puesto que las caídas de andamios son en España causa frecuente y notoria de numerosas desgracias, tomemos el hecho como prueba de culpable descuido, ó de ignorancia también culpable. ¿Cómo se hacen los andamios, por donde á muchos metros de altura han de andar los hombres, hacer fuerza y tomará veces posturas, necesarias para la obra, pero muy peligro-

sas cuando la pérdida del equilibrio viene á ser la de la vida? Cualquiera que observe, verá malas tablas, á veces podridas, mal atadas entre sí y con los piés derechos, y aunque sean buenas y se amarren bien, estrechas y sin resguardo, de modo que un tropezon al andar, un vahido, un esfuerzo que rompa el necesario y á veces difícil equilibrio, produce la caída y la muerte.

Lo primero que ocurre es admirarse de que un hombre, por un mezquino jornal, se exponga á semejante peligro, y no exija fáciles precauciones, ni se niegue á trabajar si no se toman, y aun omita él las que de su voluntad dependen. Pero, reflexionando un poco, se comprenden perfectamente todos estos absurdos. El obrero ignora que hay medios de evitar los peligros que le hacen correr: ignora el derecho que tiene á que otros sepan estos medios y los pongan en práctica; ignora la facilidad con que podia realizar este derecho. El obrero, sin saberlo, es fatalista, moralmente pasivo, y suele recibir sus males como si fueran irremediabiles todos. Él ha nacido para subir á aquel andamio, como subia su padre y subirá su hijo, y para caerse, si se rompe una tabla ó se le va un pié ó la cabeza. Otros se han caido y se han muerto y los han enterrado, sin que nadie mirase el hecho sino como muy natural. En invierno hace frio, en verano calor, y en las obras hay desgracias, ya se sabe. El obrero, sin notarlo tambien, da poca importancia á la vida: aunque ha oido decir que es muy amable, y aunque lo repita él mismo, es lo cierto que la arriesga de una manera insensata, por nada ó por muy poca cosa; sea que en el fondo de su alma sienta que no pierde mucho al perderla, sea que, cómo ve que el mundo no le da importancia, no comprende que pueda tener mucha; sea, en fin, que, aunque la aprecie y la ame, por imprevision salvaje, la arriesga con brutal descuido. El de los que le emplean tiene más difícil ó peor explicacion, porque todo el que dirige trabajos, debiera saber los medios que pueden emplearse para la seguridad de los trabajadores, y ponerlos en práctica una vez sabidos. Si esta no forma parte *esencial* de la ciencia y del arte de construir y trabajar, verdaderamente que están bien atrasados los que hacen programas y dirigen estudios.

En otros países, los andamios para la construccion de edificios, tienen barandillas, de modo que el operario, aunque tropiece, vacile y caiga, cae dentro. Para los revoques, toda clase de reparaciones y obras en los tejados, se ponen redes, y el sistema

de Mr. Edmundo Laurency es sencillo y poco costoso. No intentaremos dar de él una descripción detallada que, sin láminas, acaso vendría á ser inútil; basta á nuestro propósito manifestar que el operario que trabaja con exposicion de caerse, tiene siempre debajo una red, que por medio de poleas baja ó sube, estando constantemente á poca distancia de los andamios, de modo que la caída en ella no ofrece ningun peligro. Su coste vendrá á ser de unos 2.500 rs. y como se deteriora poco, terminada una obra, puede servir para otra y otras. De tantos ricos como gastan 125 duros en una fruslería, ¿no habria uno que los destinase á esta grande obra de caridad y á este buen ejemplo? De tantas personas que, sin ser ricas, hacen gastos supérfluos, ¿no habria algunas que, reuniendo pequeñas cantidades cercenadas á caprichos y gustos frívolos, mandaran construir por su cuenta una red Laurency, enseñando con el hecho á los que no saben, recordando á los que olvidan, convenciendo á los que tienen por imposible todo lo nuevo, y ejerciendo una especie de coaccion moral sobre todos los que deben disminuir el número de víctimas del trabajo? ¡Pensar que hubieran podido evitarse muchas con unos cuantos duros empleados en madera, cuerdas y tela metálica! ¡Pensar que tendria hijo aquella anciana desvalida, padre aquellos niños que en el abandono hacen el aprendizaje del vicio y del crimen, si el operario que cayó, hubiera trabajado con las precauciones debidas! ¡Pensar que los gobiernos investigan donde hay, y traen del extranjero máquinas de destruccion, olvidándose de introducir los aparatos de salvamento!

Tenemos la íntima persuasion de que los primeros andamios con barandilla y las primeras redes Laurency que se establecieran por una ó varias personas caritativas, determinarian una reforma tan beneficosa como necesaria. No en vano se hablaria al mismo tiempo á los ojos, al corazon y á la conciencia. Tambien estamos persuadidos de que serian un elocuente discurso contra la Internacional esos aparatos destinados á proteger la vida del obrero, levantados en el aire, como los brazos amantes del rico que recibe en ellos al pobre que sin su auxilio pereceria. Mucho nos equivocamos, si los albañiles y carpinteros que vieran solícito empeño por evitar su peligro, no se hacian amigos de los señores que protegian su vida.

Para creerlo así, tenemos razones y hechos: citaremos uno. Vivo está, y viva por muchos años, un redactor de LA VOZ DE LA CARIDAD, que supo las dificultades (muy frecuentes) que habia

para enterrar á un pobre, y el desconsuelo de su mujer, que carecía de recursos para zanjar aquellas dificultades. Nuestro compañero fué á la pobre casa, á la parroquia, á casa del párroco, y gastando bastante paciencia y un poco de dinero, poco, dió mucho consuelo á la viuda, y satisfaccion á los amigos del muerto, que, aunque pobres, le habian hecho el triste y último regalo de un féretro. Pasaron dos ó tres dias, y anunciaron á nuestro amigo la visita de unos desconocidos, cuyo trage por aquellos dias no inspiraba la mayor confianza en las casas alfombradas. El que ama á los pobres, no les tiene miedo: los que estaban á la puerta pasaron al despacho, y uno dijo:—«Hemos averiguado dónde vive usted, para darle las gracias por lo que ha hecho por nuestro compañero, que, sino, creo que aun estaria sin enterrar. Toda la *compañía* está muy agradecida, y venimos de su parte á decirle que puede contar con ella en cualquiera ocasion, y que tendremos mucho gusto en protegerle.»

El poder de aquella pobre gente era una ilusion; pero su gratitud, su buen afecto, hácia un señor que se habia interesado por un pobre, era una realidad. Mucho tiempo hace que se ha dicho: *Si quieres ser amado, ama*; y todos los impulsos del odio amargo podrian contenerse con la mano firme de la justicia y la dulzura de la caridad.

Otro dia trataremos de la segunda parte de la cuestion, que es indemnizar en lo posible á las víctimas del trabajo.

CONCEPCION ARENAL.

Gijon 6 de Febrero de 1876.

---

## AMOR Y ODIO.

---

Un sábio fisiologista francés, analizando la influencia material de las pasiones sobre el organismo del hombre, ha planteado la teoría de que los afectos buenos favorecen la marcha de ese organismo y los malos la vician lentamente.

La proposicion tiene cierta novedad algo atrevida, y no seremos ciertamente nosotros, profanos en la ciencia médica y fisiológica, los que tratemos de sostener esa máxima, si se la quiere ostentar con un carácter absoluto, cual lo son las verdades y principios de las ciencias exactas.

Discurriendo, sin embargo, bajo la sola inspiracion de un

buen deseo, quizás algo optimista, y tambien por algun recuerdo de agena ó propia experiencia, parécenos que, si eso no es indudable, no es desde luego imposible, y, sobre todo, es útil y consolador el creerlo.

Las pasiones (y comprendemos bajo esta palabra todo afecto vehemente del corazon humano), sean tristes ó alegres, buenas ó malas, producen una excitacion nerviosa, aceleran el movimiento sanguíneo, y dan por lo tanto á las funciones vitales una actividad extraordinaria.

Pretender cerrar el alma á esas emociones y reducir los sentimientos á una accion automática y regularizada cual la que tiene el organismo material del hombre, es aspirar á un imposible. El hombre, dotado de una grande facultad afectiva, tiene que impresionarse inevitablemente de lo que sus propios pensamientos le influyen, ó del efecto que le causa la vida exterior que le rodea. Sea un arrobamiento divino ó una pasion mundana, el santo amor maternal ó la amistad indiferente, la benevolencia ó el odio, la bondad ó la ira, el egoismo ó la caridad, el placer ó el dolor, sea cualquiera de estas afecciones la que caracterice la actividad de nuestro espíritu, siempre la actividad existirá, sin más excepcion que la atonía intelectual del pobre idiota.

Pero ¿cómo influirán todas esas emociones en el organismo? ¿Será, cual resueltamente lo dice el fisiólogo francés? Examinémoslo con ejemplos, que apenas habrá quien en ellos no se vea en algun modo retratado, si echa una mirada retrospectiva á su vida pasada.

Nos domina la cólera, el odio ó la indignacion; y bajo la influencia de estas pasiones, nuestro corazon apresura sus latidos, nuestros ojos se dilatan cual si quisieran abarcar mayor espacio, la fijeza de la mirada parece querer herir como si fuera una espada, las venas de la frente se hinchan, los lábios tiemblan y articulan embarazosamente las palabras, y una especie de velo quita la claridad á las ideas y la serenidad al alma.

Supuesto ese estado anormal, ¿puede dudarse que la emocion violenta, que de tal modo trastorna todo el sistema nervioso, influirá siniestramente sobre el aparato material en que ese sistema está constituido? ¿No nos lo prueban las congestiones cerebrales, los vómitos de sangre, las hipertrofias del corazon, las roturas mortales de aneurismas, producidas por los desarreglos de desarregladas pasiones? ¿Por qué no admitir que en tales casos hay realmente un lento veneno que trasmite

al organismo material la malignidad moral de que viene inficionado?

Por el contrario, las emociones de los afectos dulces y tiernos, por muy vehementes que sean, conmueven sin perjudicar; el mismo goce que producen, dá cierto bienestar al elemento físico de nuestra naturaleza, y es frecuente oír aquella frase vulgar de que la felicidad todo lo cura.

Cierto es que ha habido ejemplos de morir de alegría lo mismo que de pena, ó de ira mal reprimida; pero es mucho menos frecuente y menos justificado el que esto suceda en los sentimientos de felicidad, por mucha vehemencia que encierren.

Algo parecido sucede con el dolor y el placer. El dolor, cuando no está contenido por una ardiente fé religiosa, mata lentamente, y por eso, cuando el suicida empuña por desesperación el arma homicida, es lógico y consolador el gritarle: *¡A qué matarse, si se muere!* En cambio, la felicidad y el placer, aunque sean grandes, parece que, lejos de afectar con su vehemencia á las funciones vitales, les dan mayor elasticidad para abarcar todo lo que el corazón humano es capaz de sentir.

Si, pues, en estas ligeras reflexiones no hay un idealismo sugerido por nuestro buen deseo, habremos de convenir en que

- el amor ensancha la vida;
- el odio la envenena;
- el dolor la hiere;
- la felicidad la conserva;

y si admitimos tales máximas, aunque nunca con carácter absoluto, podremos sacar de ellas utilísimas consecuencias.

Al amar á nuestros semejantes, impulso tan natural é irresistible, como ya demostramos en otro artículo (1), y sobre todo, á nuestros semejantes pobres; al ocuparnos de su bienestar, de su consuelo y del socorro de sus necesidades, no sólo trabajamos por el bien ageno, sino por el nuestro propio moral y hasta físico.

Si, por el contrario, nos entregamos á los arrebatos de la cólera, á los sentimientos malos, á las silenciosas amarguras del odio reconcentrado, ó á las estúpidas complacencias del egoismo, no sólo dañamos á los demás, sino que minamos sor-damente nuestro propio organismo, hecho para el bien y no para el mal.

Y hé aquí cómo, si aquel primer y santo precepto del de-

(1) Véase el titulado *Necesidad de amar*, en el núm. 108.



cálogo, origen principal de la caridad más pura y generalizada, no fuera un mandato divino, los hombres lo hubieran establecido como necesidad social, y si así no lo hubiesen hecho, cada individuo debiera imponérselo, no sólo como satisfaccion de su alma, sino como medicina higiénica para la conservacion de su vida material.

Hay, pues, en el ejercicio del *benefacere*, placer purísimo para las almas templadas al calor de la ternura y de los sentimientos humanitarios; pero hay además cierto egoismo de propia conservacion, si egoismo puede llamarse, á falta de otra palabra que mejor lo exprese, lo que precisamente representa la antitesis de las tendencias egoistas.

FAUSTO.

---

## CUADROS DE LA GUERRA.

### XX.

A veces en los partes militares se lee que tal division ó tal brigada hizo esto ó aquello, despues de una *penosa marcha*. El público se preocupa de la accion ó de la batalla, y prescinde completamente de la marcha.

Y, no obstante, lo más penoso de la guerra, y sobre todo en ciertas guerras, no es la batalla, sino la *marcha*, que envía tantos enfermos á los hospitales y tantos cadáveres á los cementerios. Los que solamente en las formaciones y en las paradas ven tropa, difícilmente pueden figurarse cómo vá en tiempo de guerra caminando sobre el lodo, sobre la nieve, ó sofocada por el calor. El pié descalzo sobre la vieja alpargata, raído el capote, abollado el ros, van miles de jóvenes, y muy pocos lo parecen en su apostura. La mayor parte se inclinan, como ancianos, bajo el peso de las armas, de las municiones, de la manta (acaso mojada) y del morral, que es guarda-ropa, y todo súcio y remendado ó roto.

A veces se lee tambien con indiferencia: Salimos para aquí ó para allá, *la tropa se racionó para tres dias*. ¡Cuánto aumento de fatiga no supone este aumento de peso! Inspiran compasion en ocasiones esos regimientos y batallones que en partes y correspondencias suelen figurar como *brillantes*, y cuando se los ve

pasar desde un hospital dá gana de decir á una gran parte de sus individuos que entren, porque parecen necesitarlo. Algunos entran, diríase que están graves, y á los pocos dias se hallan buenos: no necesitaban más que *comer y descansar*.

Alimento, descanso, abrigo, arrancan á la muerte gran número de víctimas, el mayor, en las guerras largas; y en España se cuida bien poco del abrigo, del descanso y del alimento del pobre soldado: guerra, hambre y frio, ó calor, segun la estación, son cosas inseparables. Una parte de privaciones y fatigas es inevitable; otra, la mayor, podia evitarse, y tal jefe es muy querido de los soldados, solo porque se hace cargo de que no pueden vivir sin comer, y tiene algun cuidado de dejarles tiempo para que coman y de informarse de si han comido. Muchas veces se hacen marchas y se dan batallas con la gente en ayunas: mal alimentada está siempre. En las circunstancias más favorables, el soldado lleva pinchado sobre el morral el pan, un pedazo de tocino, carne muy pocas veces, cuando debia tenerla todos los dias; el vino, en muchos casos, dada su calidad, seria preferible que no lo tuviera. Digo en las circunstancias más favorables, porque, aunque es malo en una marcha agregar á los otros pesos el de la comida, es todavía peor al fin de ella no tener que comer. Esos carros-cocinas que en otros paises van con los ejércitos, no son conocidos en España. Cada cuerpo tiene el suyo, se vá haciendo la comida durante la marcha, terminada la cual, tiene el soldado su racion bien condimentada. Aunque, por las vicisitudes de la guerra, salga de noche ó muy de madrugada, basta un pequeño alto para que pueda tomar su desayuno caliente. Esto no cuesta ni mucho dinero ni mucho trabajo; pero no hay quien se tome el de estudiar los adelantos que protegen la salud y la vida de los hombres: se piensa únicamente en los medios de matarlos. Y aun bajo este punto de vista y el económico, seria muy beneficioso cuidar de la alimentacion y abrigo de la tropa, porque los enfermos son gasto improductivo, los muertos hacen falta para matar, y cuando la guerra se prolonga, son muchos los miles de combatientes que hay que restar ó sumar, segun el cuidado que con ellos se tiene: está probado. Así, aun prescindiendo de todo sentimiento de humanidad, deberia cuidarse de la buena alimentacion de la tropa, por interés bien entendido. ¡Interés bien entendido! ¿Cuándo se entiende bien el interés? No hay ilusion más irrealizable ni menos bella. Calculando, se prueba que el bien es bueno, pero jamás se realiza por cálculo.

Las fatigas de la marcha, cuando las operaciones hacen necesario *forzarla*, son inevitables; pero estos casos son raros, y la regla es que, con un poco de cuidado y de orden, se evitarían muchas molestias y sufrimientos y desgracias. Lo primero que debería hacerse, era suprimir los caballos de los oficiales de infantería, y que no fueran montados más que los jefes. La cuestión tiene varios aspectos: aquí no hemos de considerarla sino por el humanitario; y si *todos* los oficiales fueran *á pié*, no se obligaría á los soldados á andar más de lo que pueden sin rendirse. Los que sí necesitaban caballo, son los cornetas de órdenes. ¿No es una inhumanidad llevar á un hombre corriendo al lado ó detrás de un caballo, y cuando se pára, hacer que toque un instrumento que necesita mucho aire y comprimido con fuerza? ¿De qué se figurarán que tienen el pulmon estos desdichados?

Al escribir esto, me acuerdo de tí, pobre Manuel, y de tu larga agonía, y de que probablemente vivirías aún, si no hubieras sido corneta. Para escogerlos no se consulta al médico, segun parece; cuando salen, tocan corriendo, cuesta abajo ó cuesta arriba; luego, si no son muy fuertes, enferman, y despues viven valetudinarios, ó mueren. Dá miedo oír las músicas y las charangas y las bandas de cornetas tocando cuesta arriba y á paso redoblado. Algun dia se pensará en esto, acaso; pero debe estar bien lejos ese dia.

Una *penosa marcha*, como decia, aunque no suele despertar el sentimiento de la compasion, tiene bien puesto el nombre, porque lleva consigo muchas penas.

Ved aquel batallon; es la reserva de... núm...: de prisa, con traje de invierno y en el mes de Julio, la gente vá sudando. Dejan la carretera, se aproximan al rio, lleva bastante agua, no obstante, le pasan, y despues le vuelven á repasar. Si es preciso para la guerra, ya sabemos que no se puede negar al mónstruo nada de lo que pide como necesario; pero si no, bueno hubiera sido suprimir en aquella marcha el paso del rio. Se hizo perfectamente, sin ocasionar ninguna baja, cierto; pero á los pocos dias en un hospital morian dos soldados de pulmonía: eran de aquel batallon, tal vez no fueron las únicas víctimas de aquella marcha, que, si no muertos, enfermos debió ocasionar muchos más.

Un año despues, no es un batallon, es un ejército el que camina por aquellos desfiladeros, formados por montañas que reverberan el sol é interceptan el aire. Para la mayor parte de las

personas, á la idea de montaña vá unida la de árboles, prados, agua y frescura; pero en nuestras provincias del Mediodía y Levante hay cerros absolutamente pelados, montes sin un árbol, ni un arbusto, ni una fuente. La tierra, abrasada, evapora ó absorbe en sus capas superficiales la lluvia tardía y escasa: ni manantiales se forman, ni viven las yerbecillas, que alguna vez brotan y se secan antes que llegue el verano. Parece que colinas, montañas, cañadas y desfiladeros, todo ha sido formado por la erupcion de un volcan, cuyas corrientes, ya solidificadas, no se han enfriado todavía. El aire es tan seco y caliente, que sofoca; el sol abrasa.

¡Pobre gente, que, cargada con armas, municiones, equipaje, manta y vestido de invierno, camina por esta horrible tierra! ¡Con qué pena recuerdan la suya los hijos de las montañas, de aquellas montañas verdes, en que dan siempre fresca sombra los castaños, las hayas y los robles! ¡Qué hermosa les aparece en sus recuerdos la fuente de su aldea y hasta la charca donde los bueyes no querian beber!

No se oyen pájaros, ni insectos, ni voces humanas; este silencio de miles de hombres que se mueven, es señal cierta de alguna gran tribulacion.

En muchos el calor se convierte en fiebre y empiezan á soñar con agua. Todas las visiones que crea la sed pasan por aquellos cerebros excitados. Jarrones de cristal, de nunca vistas dimensiones, con bebidas refrigerantes, jardines llenos de fuentes, praderas cruzadas en todas direcciones por arroyos, valles fecundados por grandes rios, palacios de hielo, campos de nieve, montañas convertidas en cascadas, y el mar, el mar inmenso, de agua dulce y cristalina. La imaginacion de aquellos hombres rudos crea y embellece: para hacer poetas, el dolor suple muchas cosas, y nada puede suplirle.

Empiezan á verse algunas acémilas, que, caidas, no han podido levantarse, y quedan orilla del camino.

Se oyen algunos tiros, que no salen de los que marchan á vanguardia, ni de los que cubren la retaguardia extrema, ni de los flanqueadores; en aquel momento no producen alarma: los más tienen en poco la vida. Pronto se sabe la causa de las detonaciones. Los perros, que unos pertenecen á un individuo, otros á una colectividad, batallon, escuadron, regimiento, batería; los perros, fieles compañeros, que maniobran en el ejercicio, vivaquean en el campamento, auxilian á las descubiertas, siguen tambien á sus amos en esta horrible marcha, con las

fauces abiertas y la lengua seca, áspera, encendida, que parece de fuego. Alguno dá señales de hidrofobia, realmente, ó el temor se lo imagina; ello es lo cierto que ocurre la idea de que los perros van á rabiar, y esta es la causa de los tiros que se han oido. Heridos mortalmente, acarician al que los mata, mueven la cola como para saludar por última vez á los del regimiento que pasan: mueren como han vivido: amando. Inspiran tanta lástima, que puede más que el temor; los ocultan entre las filas: ellos, como si comprendieran el peligro, se encogen y se esconden al lado de sus protectores.

El sol abrasa cada vez más, y el aire es cada vez más seco. Algunos soldados buscan piedrecillas redondeadas para meter en la boca, no las encuentran, y las suplen con una bala; pero este mecánico estimulante es inútil; en aquellas organizaciones parece que no quedan ya líquidos. Inyéctanse los ojos, amorátase el rostro, el pulso empieza á ser frecuente y pequeño, la respiracion difícil... despues imposible... Así cae uno, y otro, y otro, hasta diez... ¡Dios mio! ¿Y no habrá un poco de agua? No la hay. ¿Para una marcha, en tal estacion y por semejante tierra, no se lleva con los botiquines como una medicina? No se lleva. ¡Registrad bien, por lo más santo! Mirad si entre las acémilas cargadas con municiones, ó en los carros, hay algun barril de agua; aunque sea muy pequeño, basta para salvar á los que se ahogan. Nada en ninguna parte, y mueren... ¡Ah! ¡Con las lágrimas que verterán sus pobres madres, hubieran vuelto á la vida!

CONCEPCION ARENAL.

Gijon 24 de Febrero de 1876.

### UN VERDADERO AMIGO DE LOS POBRES.

Este santo varon lo anima todo: propone las buenas obras, discurre los medios, indica los recursos, y entiéndese á la vez con la Iglesia y con el Estado, con los valedores y con los desvalidos.

(EL CARDENAL MAURY.)

#### I.

Al amanecer un dia del otoño de 1587, salia de un lugarejo cercano á Dax un pastorcillo, que á lo sumo tendria once años;

precedíanle unas cuantas ovejas que balaban tímidamente llamando á sus hijuelos; iba el niño cabizbajo y lloroso; por su aspecto era de inferir que la necesidad y no el gusto encaminaba sus pasos hácia el monte.

Subió poquito á poco la pendiente, á fin de que la manada pudiera ramonear á su placer la yerba humedecida por la reciente lluvia. Llegó á la cima, y en ella se detuvo á escuchar el sonoro repique de las campanas de su aldea.

—Tocan á misa,—exclamó vertiendo ingénuas lágrimas...—Es Domingo y todos acuden á la iglesia menos yo. Parece que no reza conmigo el precepto de santificar las fiestas. Para mí todos los dias son iguales. Pero, como dicen los padres maestros, en todas partes podemos levantar el corazón á Dios y pedirle mercedes.

Al decir esto, hincóse de rodillas, y levantando al cielo sus manos, ya curtidas por el trabajo y la intempérie, dijo:

—Señor, escucha lo que te pido... Socorre á mi buen padre. La miseria es quien le obliga de vez en cuando á ser un poco duro. Apiádate de mi pobrecita madre, que llora y calla los motivos de su aflicción. ¡Fácilmente se adivinan! Cuando un matrimonio tiene que mantener á seis hijos, y no hay en casa pan que repartirles, la mujer llora y el marido regaña.

—¡Dáanos el pan de cada dia! ¡Haz que mis hermanitos aprendan á ser buenos, enséñame tus caminos; yo quiero seguir los pasos de Jesús y de María; pasar por el mundo haciendo bien y consolando á los que lloran, es el deseo de.....

—¡Vicente! ¿Qué haces ahí de rodillas mirando al cielo?—preguntáronle de improviso tres chicuelos que venían cargados con una olla y dos haces de chamarasca.

Eran Juan, Catalina y Paula, que, al ver su actitud fervorosa, echáronse á reír, diciendo:

—¡Este chico es tonto! ¡Pues no toma el campo por una iglesia!

—¿No está Dios en todas partes?—repuso el niño dulcemente.

—¿Y qué?—replicó Juanillo en tono de maestro,—al campo no se viene á rezar.

—¿Qué traeis, hermanitos?—preguntóles Vicente, sin darse por agraviado de sus burlas y risotadas.

—Esta olla de sopas y estos haces de leña para encender lumbre y calentarlas; nos las comeremos y despues á jugar.

—¿Comer sopas aquí?—preguntó el pastorcillo aparentando asombro.—¿Es el monte una cocina?

—¿Qué más dá que no lo sea? ¿No se puede comer en el campo?

—Sí, Juan, en el campo se puede comer, pero si en él podemos alimentarnos con el pan que Dios envía, en él podremos pedirle y darle gracias.

—¡Claro!—exclamó Catalina echando yescas y encendiendo la lumbre,—en donde se puede comer se puede rezar.

—Pues mira, hermana,—saltó diciendo Juanillo,—empecemos por comer, porque tengo un hambre que no veo...

—Y yo, y yo, y yo,—exclamaron á coro sus tres comensales, preparando las horteras y las cucharas respectivas.

No tardó la repartidora en llenarlas, y cada cual tomó asiento alrededor de la lumbre, diciendo: «¿Qué bien huelen?»

En aquel momento apareció en la escena un quinto personaje.

Era un hombre ya maduro, calvo, descolorido y con el traje cubierto de cascarrias. Sus continuos tropezones y tambaleos le daban las apariencias de un borracho.

A vista de los gastrónomos, detúvose algun tanto indeciso, mas luego acercóse á ellos con paso vacilante y visible fatiga.

*(Se continuará.)*

Cuenta de ingresos y gastos del undécimo semestre de LA VOZ DE  
LA CARIDAD.

CARGO.		Reales. Cént.
Resta del semestre anterior.. . . . .		333·90
Recaudado del 8.º semestre. . . . .		100
Id. del 9.º id. . . . .		100
Id. del 10.º id. . . . .		704
Id. del 11.º id. . . . .		8.259·85
Id. del 12.º id. . . . .		954
Limosnas recibidas. (1).. . . . .		1.420
	<i>Suma.</i>	11.871·75
DATA.		
Por papel é impresion de quince números de la Re- vista. . . . .		6.040
Por id. id. de fajas. . . . .		37
Por id. id. de recibos. . . . .		70
Por id. id. de índice y portada. . . . .		170
Timbre y correo de América y del extranjero.. . .		326·40
Por la cobranza en provincias y librerías. (2). . .		152
Por reparto y cobranza en Madrid. . . . .		720
Por llevar la Revista al correo. . . . .		48
Limosnas distribuidas.. . . . .		5.333
	<i>Suma.</i>	12.896·40
	<i>Suma del cargo.</i>	11.871·75
	<i>Déficit.</i> (3).	1.024·65

(1) Repetimos la advertencia, hecha otra vez, de que no se incluyen en las limosnas recibidas, las de las personas que forman parte de las decenas, en cuyo número está nuestro constante favorecedor D. P. A.

(2) Repetimos las gracias á la casa de Aguado, que no lleva comision alguna por las suscripciones que recauda.

(3) Este *déficit* se explica por el mayor gasto de imprenta, á la que hubo que satisfacer el coste de tres números del semestre anterior, y por la dificultad de disminuir los gastos cuando crecen las necesidades. Los pobres que habitualmente se socorren, parece que tienen al socorro como un derecho, y positivamente el corazon reclama el de consolarlos. Si la Revista hubiera cesado, uno de sus redactores estaba dispuesto á *ganar* la cantidad que habia anticipado; que no consideraba como pérdida el desembolso hecho á favor de los pobres.